Recibe el poder del Espíritu Santo y mantén una vida plena con Dios // Ramón Ubillos

La promesa del Espíritu Santo: un regalo para todos

La promesa de Dios anunciada a través del profeta Joel revela una verdad poderosa: el Espíritu Santo sería derramado sobre toda carne, sin distinción. Este mensaje no estaba limitado a un grupo específico, sino que incluía a todas las personas. Antes de esta promesa, el contexto muestra una necesidad espiritual profunda, y precisamente ahí es donde Dios interviene ofreciendo su Espíritu como respuesta.

Esta promesa sigue vigente hoy. No se trata solo de conocerla, sino de anhelarla y buscar que se haga realidad en la vida personal. El mundo necesita personas llenas del Espíritu Santo, que vivan más allá de una fe rutinaria y reflejen la vida de Dios en su día a día.

Sueños y visiones para cada generación

Uno de los aspectos más hermosos de esta promesa es que abarca todas las edades. Los jóvenes verán visiones y los ancianos soñarán sueños. Esto indica que nadie queda excluido del propósito de Dios. Cada etapa de la vida tiene valor y significado dentro de su plan.

Lejos de apartar a los mayores, se destaca la importancia de integrarlos, dándoles propósito y participación. Cuando las personas se sienten útiles en la obra de Dios, encuentran

gozo, evitando la tristeza o el vacío.

El poder transformador del Espíritu Santo

La llenura del Espíritu Santo transforma profundamente la vida. Produce gozo genuino, gratitud y una alabanza que nace desde el corazón. No se trata de prácticas externas, sino de una relación auténtica con Dios.

Además, el Espíritu Santo da visión. Permite ver con claridad, como si se quitaran limitaciones que antes impedían comprender la realidad espiritual. También trae libertad, rompiendo ataduras y reemplazando el temor con valentía.

Pentecostés: el cumplimiento de la promesa

Esta promesa se cumplió cuando el Espíritu Santo descendió sobre aquellos que esperaban en unidad. Ese momento marcó un antes y un después, demostrando que el poder de Dios transforma vidas y puede impactar a multitudes.

Aunque en algunos periodos la fe ha estado dormida, el llamado actual es a despertar y permitir que el Espíritu Santo se mueva nuevamente con poder entre los creyentes.

Un llamado a buscar la llenura espiritual

No basta con orar por otros; también es necesario pedir ser llenos del Espíritu Santo. Dios desea que sus hijos vivan en plenitud, fortalecidos por su poder y no dominados por las circunstancias.

Este anhelo debe ser personal y constante. Buscar la llenura

del Espíritu implica querer marcar la diferencia, vivir con propósito y reflejar el poder de Dios en cada área de la vida.

Preparación espiritual para la vida diaria

La vida espiritual requiere preparación. Así como se busca tener el móvil cargado al máximo, también es necesario mantener la "batería espiritual" llena. No se trata de ir a recibir, sino de vivir constantemente llenos.

La debilidad espiritual deja a las personas vulnerables, pero la llenura del Espíritu fortalece, protege y capacita para enfrentar los desafíos diarios con firmeza y fe.

El poder de Dios disponible hoy

El poder de Dios no es algo distante ni reservado para unos pocos. Está disponible para todos en cualquier momento. Jesús prometió que sus seguidores recibirían poder al venir sobre ellos el Espíritu Santo, capacitándolos para ser testigos en todo lugar.

Este poder no solo transforma la vida personal, sino que impacta a otros. Permite vivir con propósito y ser instrumento de cambio en la sociedad.

La responsabilidad de vivir en el poder de Dios

Recibir el poder de Dios implica responsabilidad. No es para mostrar superioridad espiritual, sino para reflejar su presencia, amor y santidad. Cuando se usa correctamente, puede atraer a muchas personas hacia Dios, como ocurrió en los primeros tiempos de la iglesia.

Cada creyente tiene un llamado y una misión. No se trata de compararse con otros, sino de obedecer y cumplir el propósito personal que Dios ha asignado.

Los dones espirituales: un recurso que no se debe ignorar

Dios ha dado dones espirituales a sus hijos, y es importante conocerlos, valorarlos y utilizarlos. Ignorarlos es desaprovechar un regalo divino.

Estos dones deben cultivarse y mantenerse activos. Como un fuego, necesitan atención constante para no apagarse. Requieren dedicación, esfuerzo y compromiso.

Encendiendo vidas a nuestro alrededor

El llamado no es solo a estar encendidos, sino a encender a otros. La vida llena del Espíritu Santo tiene un impacto contagioso. Puede traer calor espiritual a quienes están fríos y vida a quienes están apagados.

La visión es clara: ser instrumentos que transmitan la gracia, el amor y el poder de Dios en cada entorno.

Un despertar espiritual necesario

Se anhela un despertar espiritual profundo, donde las vidas sean transformadas y la presencia de Dios se manifieste con poder. Este despertar no es solo individual, sino colectivo, impactando comunidades enteras.

La meta es vivir encendidos, reflejando el amor, la misericordia y la gracia de Dios en un mundo que necesita esperanza.

Ser fuentes de vida

El propósito final no es acumular bendiciones, sino compartirlas. Los creyentes están llamados a ser fuentes de vida, transmitiendo perdón, restauración y esperanza.

Vivir en la llenura del Espíritu Santo permite convertirse en canales de bendición para otros, llevando luz donde hay oscuridad y vida donde hay necesidad.